

CONCURSO DE CUENTO



Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2025 •



Un ruido extraño surge desde lo profundo de la tierra. Poco a poco emerge, transformado en viento, que se vuelve susurro y se funde con el rugido del río. Trepa por los árboles para hacerse movimiento, murmullo, canto de barranquero, inspiración y palabra.

Antioquia se narra desde su tierra, su vegetación, su fauna y su alma; desde el corazón de niños, niñas, jóvenes y adultos que escuchan la naturaleza, transforman su vida en historias y enriquecen nuestra identidad.



Agradecimiento especial a la Fundación Secretos para contar y a su equipo de trabajo por el compromiso con la región para promover la lectura, la escritura y la oralidad; su apoyo en esta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada fue fundamental.

© 2026 Comfama

Consejo Editorial David Escobar Arango
Perla Toro Castaño
Paola Mejía Guerra
Mauricio Pérez Salazar
Nicolás Ordóñez
Estefanía González Vélez

Coordinación editorial Juan Diego Mejía

Asistencia editorial Ana María Tobón
Daniel Palacios

Editor invitado Sergio Zuluaga

Prólogo Comfama David Escobar Arango

©Prólogo Daniel Álvarez Betancur
Secretos para contar

Corrección de estilo Catalina Trujillo-Urrego

Ilustración de portada Regiones Comfama

Ilustraciones de los cuentos ganadores Omar Castro, Carolina Bernal, Alejandra Pérez, Manuela Moreno, Natalia Valencia, Sebastián Bedoya, Sebastián Cadavid

Diseño e impresión Apotema S. A. S.
Primera edición: enero de 2026
ISBN: 978-628-7637-81-8
Impreso en Colombia

Comfama
www.comfama.com
Central de llamadas de Comfama 3607080
@comfama
@comfamacultura

secretos para contar

comfama

CONCURSO DE CUENTO ANTIOQUIA REIMAGINADA 2025

Este libro puede contener lenguaje explícito o temáticas no aptas para menores de edad. Se recomienda la mediación de un adulto responsable.

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico o por cualquier otro medio actual o futuro. Los autores y autoras presentados en esta edición son los únicos responsables del contenido de su cuento y exoneran a Comfama de cualquier infracción cometida contra la propiedad intelectual y los derechos de autor.

Contenido

Espejos del presente y anhelos del futuro	7
De donde menos se piensa salta la liebre	9
Acta del jurado	11
Mapa de ganadores	17
Cuentos ganadores Categoría Infantil.....	19
Cuentos ganadores Categoría Juvenil.....	33
Cuentos ganadores Categoría Adultos	47
Cuentos finalistas Categoría Infantil.....	61
Cuentos finalistas Categoría Juvenil.....	75
Cuentos finalistas Categoría Adultos	93

Espejos del presente y anhelos del futuro

La literatura es, o al menos puede ser, en determinadas ocasiones, un viento refrescante, un oasis para refugiarnos de tantos desiertos de esta vida. Son muchos los lectores asustados que se resguardan tras un texto encontrado casi por casualidad y bastantes los escritores que sanan su alma herida al entregar sus relatos al mundo.

Quizá por eso, desde hace seis años, el concurso de cuento Antioquia Reimaginada, promovido por Comfama, recoge las historias que se encuentran dentro del corazón de los habitantes de los municipios antioqueños. Al leer los relatos participantes tomamos el pulso al estado de ánimo de la región y escuchamos el lenguaje popular que nombra ríos, selvas, calles y personajes entrañables de nuestros pueblos. Con sus propias palabras, autores de todas las edades y géneros cuentan sus dramas familiares y sociales. También nos muestran, a través de sus ojos, los hermosos paisajes que han marcado desde siempre a los habitantes de esta parte del país y que han contribuido a definir nuestro temperamento alegre, tenaz, luchador y resistente.

Al tejer sus frases y relatos, quienes escriben ven que el futuro se aclara, los dolores se apaciguan y el deseo de vivir florece. Escribir es, muchas veces, purgar. Leer es, de otro lado, llegar lejos, ser otros, convertirnos, potencialmente, en quien queremos. Los buenos lectores aprenden a encarnar a los personajes y, en ese proceso mágico, comprenden mejor al otro, aunque

no piensen ni sientan como ellos. Leer es un acto de empatía. Escribir es un ejercicio del más profundo autoconocimiento. Un concurso de cuento y la publicación de sus finalistas sería, si esto es cierto, una catarsis colectiva, un proceso terapéutico con un impacto social inmenso.

Sabemos que los cuentos escritos por niños, niñas, jóvenes y adultos de los municipios por fuera del Valle de Aburrá reflejan sus anhelos profundos y nos presentan un espejo del espíritu regional, un mapa de las emociones y realidades de nuestro departamento. En esta ocasión estamos felices porque recibimos 4.742 relatos, fruto del gran esfuerzo de nuestros promotores de lectura, que, con la compañía de nuestra aliada, la Fundación Secretos para contar, hicieron talleres en zonas de difícil acceso y precarias condiciones de conectividad. Nos alegra ver la nutrida participación de municipios de todas las subregiones que nos ofrece un espejo del alma de la región montañosa, de la costa caribe, del suroeste, del nordeste, del Bajo Cauca, de las riberas del Magdalena y de todos los rincones de nuestra amplia geografía. El libro que recoge los cuentos ganadores y los finalistas representa a la Antioquia rural de 2025. Esperamos que los lectores los disfruten, que, al leerlos, se vean, se reconozcan, se extrañen y se sueñen.

David Escobar Arango
Director de Comfama

De donde menos se piensa salta la liebre

Antioquia es enorme y diversa, mágica y maravillosa. Tierra prolífica donde los seres humanos hemos encontrado múltiples escenarios sobre los cuales interpretar el teatro de la vida. Escenarios de frío y calor; de río, mar y neblina; de bosque, pueblo y vereda; de calle, camino y potrero; de mina, cultivo y escuela. Nos acompañan en esta función los árboles, los animales, el cielo, la tierra, la imaginación y la palabra para narrar.

Secretos para contar lleva más de veinte años recorriendo Antioquia hasta sus más recónditas profundidades para llevar libros y educación a los habitantes del campo. Por eso, para nosotros, leer los cuentos que envían los antioqueños, de cualquier edad, desde los diferentes municipios, nos resulta muy gratificante y divertido, pues podemos «ver» esas montañas que se narran y que son diferentes en las distintas regiones, sentir el olor de la aguapanela que se toma un personaje, recuperar con la memoria la majestad que esconde el nombre de un río e imaginar el color de sus aguas y la turbulencia o mansedumbre de su corriente, y hasta disfrutar del fresco de un bosque que tal vez no conozcamos pero que reconocemos en otros.

Un concurso de cuentos que convoca a los habitantes de este enorme territorio a contar, en sus propias palabras, las historias que lo habitan, es un tesoro difícil de valorar con la justicia que merece. En esta sexta edición de Antioquia Reimaginada

se superó con creces el número de cuentos participantes. Esto habla de un concurso que se consolida y engrandece, y de una labor que vale la pena continuar pues va construyendo, año a año, un patrimonio que pertenece a todos los habitantes del departamento.

Agradecemos a Comfama por permitirnos ser aliados en este importante proyecto cultural, una oportunidad única para que los antioqueños expresen su creatividad, su pensamiento, sus idiosincrasias, sus múltiples culturas y formas de ver el mundo. Agradecemos aún más a todos los participantes que se animaron a poner un pedacito de sus almas por escrito y compartirlo con otros. Miles y miles de relatos que nos hablaron sobre los movimientos del alma humana. Solo algunos de ellos fueron seleccionados como ganadores; otros más, como finalistas. Pero en realidad, todos merecen un gran reconocimiento. Gracias, Antioquia, por escribir, por retratarnos, por contar nuestras historias, que son simultáneas, casi infinitas.

«De donde menos se piensa salta la liebre». En cualquier parte puede haber un buen cuento... Tal vez, el año entrante, sea el tuyo el que estará impreso en este libro, tal vez ya está este año.

Daniel Álvarez Betancur
Gestor editorial, Fundación Secretos para contar

Acta del jurado

El jurado de la sexta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada estuvo integrado por la escritora Laura Ortiz Gómez y los escritores Jairo Buitrago y Jorge Franco Ramos. Luego de un proceso de preselección y selección que consideró los más de 4.700 cuentos recibidos durante la convocatoria, los miembros del jurado exponen sus impresiones respecto al concurso de este año.

Jorge Franco Ramos:

Ser jurado del concurso Antioquia Reimaginada 2025 fue para mí un ejercicio de asombro y gratitud. En cada texto encontré muchas voces que revelaban la riqueza cultural del departamento y la fuerza con la que nuestras historias siguen buscando su lugar en la expresión literaria del país. Leer estos relatos fue entrar en territorios íntimos y, al mismo tiempo, profundamente colectivos: escenas cotidianas que se volvían universales, sensibilidades que ampliaban la mirada y recordaban el poder que tiene la literatura no solo para tender puentes sino también para sanar. Esta experiencia confirmó mi convicción de que la literatura es el alma de la humanidad, la conexión más directa y precisa entre la realidad, casi siempre dolorosa y violenta, y el sentir de quien se atreve a contarla a través de la escritura. Participar en este proceso también me reafirmó que la literatura sigue viva en todos

los rincones de Antioquia, incluso en aquellos donde menos se espera, y que cada cuento es una celebración de la imaginación.

Jairo Buitrago:

Como jurado fue interesante y enriquecedor ser lector y testigo de un ejercicio literario que busca que toda una región se mire a sí misma y se descubra como un lugar particular y diverso. Como lector, Antioquia, para mí además de ser la tierra de grandes cuentistas como Tomás Carrasquilla o Jesús del Corral, es un espacio único. Su literatura, paisaje, clima, y personas, componen memorias constantes y cercanas desde la infancia. Este hecho estimuló mi forma de leer los cuentos seleccionados en las tres categorías, entendiéndolos también como un esfuerzo importante para incluir a comunidades de diversos municipios que muchas veces no tienen espacios de representatividad cultural suficientes y concretos.

Destaco, por supuesto, un buen nivel general de los cuentos de la categoría infantil y la conciencia creativa de autores de lugares tan distantes entre sí. Evidencio lo mismo en las otras dos categorías, donde los temas ingeniosos o profundos, el uso del lenguaje coloquial de manera natural y fluida, dejan abierta la puerta a esa aura propia de la región que, en la mayoría de los casos, está narrada vigorosamente y con un entusiasmo legítimo que debe celebrarse.

Laura Ortiz Gómez:

Esta edición del concurso Antioquia Reimaginada se destacó por la participación de escritores y escritoras de numerosos

municipios. Esta diversidad fue bella y tuvo un impacto placentero en mi experiencia de lectura.

Los cuentos se alimentaron de las tradiciones, los saberes y las voces del paisaje antioqueño, y también recrearon los vínculos con los ancestros, buscando salidas perspicaces y sensibles a los desafíos narrativos. Fueron relatos que transitaban entre la expresión de prácticas campesinas, afro e indígenas, y lo fantástico o futurista como puertas para pensar el tiempo. Textos atentos a comprender el devenir colectivo del departamento e interesados en superar una mirada lineal del tiempo para encontrar los puntos de sutura entre el pasado y el porvenir. Así, las narraciones abrieron posibles caminos hacia una nueva imaginación política y estética, que es tan necesaria hoy en el mundo. Vale la pena destacar también la participación en la categoría juvenil, con cuentos arriesgados formalmente y con giros metaliterarios en los que los textos exploraban los entresijos de la escritura. Otra recurrencia llamativa fue la centralidad de la relación con la tierra desde una mirada que excede lo productivo y habla de un vínculo profundo que da sentido a la vida. Para finalizar, otro aspecto emocionante fue encontrar en muchos de los textos una sensibilidad contemplativa cercana a la experiencia poética, esto fue una constante intergeneracional. Me conmueve saber que la contemplación de las voces de las montañas y los cuerpos de agua sigue siendo un pulso vivo en la imaginación antioqueña.

Los jurados se reunieron de manera virtual el viernes 31 de octubre de 2025 y decidieron, conjuntamente, elegir los siguientes cuentos como los ganadores en cada una de las categorías:

Categoría Infantil:

Primer puesto:

Título: El viaje de Mateo
Juan Pablo Arango Acevedo, 13 años
Rionegro, Oriente
N.º 8832

Segundo puesto:

Título: El árbol que guardaba los secretos
Evelyn Pertuz Hernández, 10 años
Caucasia, Bajo Cauca
N.º 11929

Tercer puesto:

Título: El segundo lugar
José Miguel Moreno Trujillo, 12 años
Urrao, Suroeste
N.º 9085

Categoría Juvenil:

Primer puesto:

Título: La jaula de los días
Mahicol Jhesid Villegas Villa, 18 años
Santa Bárbara, Suroeste
N.º 9818

Segundo puesto:

Título: En donde canta el barranquero
Ivanna Duarte Berrueso, 14 años
Apartadó, Urabá
N.º 10628

Tercer puesto:

Título: El tambor de los sueños
Sarit Yuliana Palomeque Buenaño, 15 años
Apartadó, Urabá
N.º 8743

Categoría Adultos:

Primer puesto:

Título: Boca negra
Mariana Salas Valencia, 22 años
Amagá, Suroeste
N.º 9315

Segundo puesto:

Título: En lo profundo
Carlos Eduardo Rosales Posada, 37 años
Santa Fe de Antioquia, Occidente
N.º 8979

Tercer puesto:

Título: Vías vacías

Pedro Quintana Hoyos, 28 años

Amalfi, Nordeste

N.º 8670



GANADORES

CUENTOS GANADORES

Categoría Infantil



El viaje de Mateo

Mateo es una rana de cristal, vive a orillas del río Alicante, muy cerquita de Maceo, junto a doña Josefa, su mita. Entre ambos había un gran afecto, aunque doña Josefa no hablaba mucho desde el triste fallecimiento de Clara, su hija y madre de Mateo. Las pocas veces que la abuela charlaba durante mucho rato con su nieto era para contarle historias de sus antepasados. Un día, la doña, en uno de sus cuentos, le contó a Mateo cómo las viejas personas respetaban a su especie y la consideraban sagrada.

Había llegado el verano a Antioquia, y Mateo, conociendo a su abuela, sabía que mientras tomaba su tinto con arepa no prestaba atención a nada más; aprovechando esto, tomó una chuspa, le echó su calentao de frijoles con aguapanela y salió al pueblo impulsado por la curiosidad de lo que la doña llamaba «personas». Después de saltar por trochas y mucho monte, Mateo llegó a un lugar desconocido para él, pero por alguna razón las descripciones de Josefa en sus relatos le vinieron a la mente. Casas de tapia, bahareque y adobe con techos de teja, además se había ensolvado un olor a cacao. La rana siguió por la acera evitando el sol por una avenida estrecha y llena de motorratones hasta llegar a un lugar más amplio, donde se alcanzaba a oler el cafecito recién hecho y el arroz con huevo al desayuno.

Ilustración

Omar Castro - @omar_castro_artist

Las personas reían y charlaban sentadas a la sombra de un árbol o del techo de algún restaurante mientras sonaba algún vallenato de fondo, pero, sin importar que, siempre alegres. Mateo, ya con sed por el calor, entendió que era hora de regresar a casa junto a su abuela, sacó su aguapanela y calentao, se sentó en una piedra y desayunó, pero no se podía ir sin antes reposar la comida.

Al despertar se dio cuenta de que una persona chiquita, que probablemente era un niño, lo estaba mirando. Mateo pegó un brinco y se voló, o eso creyó, pues el pelao lo siguió. Resultaba que lo había escuchado hablar mientras dormía. El niño lo atrapó e intentó hablar con él, a lo que la joven rana respondió penosamente con un saludo. El muchacho dijo que su nombre era Luis y poco a poco la charla fluyó, la rana entendió la alegría y el optimismo que se respiraban en Antioquia.

Después de un rato Luis lo soltó, se despidió y marchó a casa, Mateo hizo lo mismo, pues doña Josefá debía estar muy preocupada. Saltando y saltando lo más rápido que podía llegó de vuelta a Alicante y de allá a casa. La abuela lo recibió con un gran abrazo y un buen trozo de panela con leche.

Juan Pablo Arango Acevedo, 13 años
Rionegro, Oriente
N.º 8832



El árbol que guardaba los secretos

En un pueblito escondido entre montañas verdes de Antioquia vivía doña Carmen, una abuela de cabellos blancos como algodón recién cosechado. Siempre llevaba una ruana tibia y decía, con la calma de quien guarda un misterio, que los árboles podían hablar. Pero no hablaban con cualquiera, aclaraba, solo con los que escuchaban con el corazón. Cada marzo, cuando los guayacanes se vestían de amarillo como si el sol hubiera bajado del cielo, doña Carmen iba hasta la orilla del río. Se acercaba al árbol más viejo, ponía la mano sobre el tronco y le contaba historias en voz bajita: risas de niños, canciones de fiestas, lágrimas escondidas. El árbol parecía guardar cada palabra como si fueran semillas. Un día llegó Pedro, un joven periodista que buscaba escribir sobre lugares mágicos de Colombia. Cuando escuchó hablar de la abuela que conversaba con los guayacanes, no pudo contener la curiosidad.

—¿Es cierto que los árboles hablan? —preguntó.

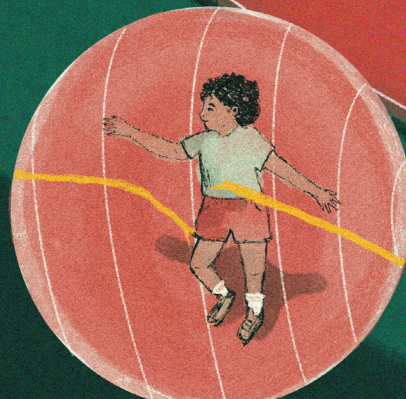
—Claro —respondió ella sonriendo—. Solo hay que saber escuchar.

Caminaron juntos hasta el guayacán más grande. Pedro vio cómo las ramas se movían aunque no había viento, como si saludaran a la anciana. Esa noche, desde la ventana, escuchó un

murmullo suave que parecía responder a los susurros de doña Carmen.

Pedro decidió quedarse en el pueblo. Empezó a escribir cuentos sobre los guayacanes y sobre aquella abuela que escuchaba con el alma. La gente comenzó a visitar el lugar en marzo, atraída por el espectáculo dorado de los árboles florecidos y por la promesa de escuchar un secreto escondido entre sus ramas. Un amanecer, cuando el sol pintaba de oro la montaña y los guayacanes ardían de flores, doña Carmen cerró los ojos y partió tranquila, como si supiera que su tarea había terminado. El pueblo entero la despidió en silencio, y Pedro, con lágrimas discretas, sembró una semilla de guayacán junto a su tumba. Sobre una piedra escribió: «Aquí florece la memoria». Desde entonces, cada año, cuando los guayacanes se encienden de amarillo, los niños del pueblo se sientan bajo sus ramas, escuchan los cuentos que dejó Pedro y, si guardan silencio, dicen que aún se oye una vocecita dulce que susurra entre las hojas: «Dios los bendiga, mijos».

Evelyn Pertuz Hernández, 10 años
Caucasia, Bajo Cauca
N.º 11929



El segundo lugar

En un pueblo alejado de la gran ciudad, donde el acceso por carretera se hace complicado y el ingreso de un avión aún parece un sueño, vivía una familia muy alegre y de bonitas costumbres; estaba conformada por Teresa, la madre; Sofía, la hija mayor de diez años; Miguel, el hijo del medio de ocho años; Luisito de tres años, y los abuelos Efraín y Mery. Cada día se ponían una cita, al ocultarse el sol, de reunirse al frente del fogón de leña, mientras esperaban la comida, a rezar y hablar de sus aventuras del día; el que más insistía para hablar era Miguel, quien siempre pedía la palabra y en medio de risas contaba alguna anécdota graciosa de la escuela o de camino hacia ella.

De tanto caminar para la escuela y pasar caminos y quebradas, los zapatos de Miguel comenzaron a deteriorarse, ya estaban un poco despegados por la parte de adelante y de vez en cuando se asomaba el dedo gordo del pie como queriéndolo saludar. Intentó pegarlo de muchas maneras: con colbón, con cinta; los amarró con cabuya, hasta con mancha de plátano, pero siempre se volvían a despegar. Un día aprovechó que su hermana Sofía no tenía que ir a estudiar y se llevó sus zapatos, eran tan cómodos y bonitos. «Parece que estoy estrenando», pensó. En medio del descanso se puso a jugar su deporte favorito,

fútbol, y le dio una patada tan fuerte a la pelota que entró a la arquería con zapato y todo, sus compañeros comenzaron a reír a carcajadas y él salió saltando en un solo pie hasta encontrarlo. La sorpresa fue mayor cuando vio que el zapato se había dañado, no sabía qué hacer ni qué le iba a decir a su hermana. Levantó la cabeza y enfrente encontró un afiche que tenía la imagen de un niño corriendo y una invitación a participar de una carrera de atletismo, el ganador se llevaría un dron, el sueño de todo niño, y para el segundo puesto unos zapatos nuevos. Miguel salió corriendo a inscribirse pensando en ganar los zapatos, así podría dárselos a su hermana.

Se fue para su casa y esa noche, cuando se reunieron frente al fogón, estuvo muy callado y pensativo. Al otro día se adelantó para la escuela, sin que nadie viera el estado de los zapatos de Sofía, se alistó para correr y cuando escuchó el silbato arrancó a toda prisa pensando que iba a quedar de último, corrió tanto, sin mirar a su alrededor, que antes de darse cuenta había ganado la carrera. Todos celebraban a su alrededor y lo abrazaban, él no sabía lo que estaba sucediendo hasta que vio que le estaban entregando el dron. Comenzó a llorar de la tristeza, no podría entregarle los zapatos nuevos a su hermana. Detrás de él estaba Sofía sonriendo y mirándolo fijamente, sin que se diera cuenta, ella se había inscrito a la carrera y había quedado en segundo lugar.

José Miguel Moreno Trujillo, 12 años
Urrao, Suroeste
N.° 9085

CUENTOS GANADORES

Categoría Juvenil



La jaula de los días

En el último rincón del mundo, donde los mapas terminan y el viento no obedece, existía un pueblo que vivía dentro de una jaula invisible. Nadie podía salir, pero nadie lo notaba, porque los barrotes no eran de hierro: eran días repetidos. Cada mañana, el sol se alzaba igual que ayer. El pan olía igual. Los perros ladraban a la misma hora. La lluvia, si caía, mojaba las mismas piedras. Y así, la vida transcurría como un disco rayado. Solo una niña, Iru, sentía que algo estaba mal. Tenía ocho años y un cuaderno donde anotaba lo que veía. «El gato cruzó la plaza otra vez». «La señora volvió a caer en el mismo charco». «Mamá olvidó mi cumpleaños... Otra vez». Una noche, al cerrar los ojos, escuchó una voz en su almohada:

—Tú ves lo que otros no. ¿Quieres salir?

Iru no respondió. Solo apretó el cuaderno contra el pecho. Al día siguiente, siguió anotando.

—Tienes que decidir —insistió la voz la tercera noche—. Los días no van a cambiar solos.

—¿Qué hay afuera? —preguntó Iru por fin.

—Nada. Todo. Lo que construyas. Pero deberás perder todo lo que conoces.

Iru pensó en su madre que, aunque repetía gestos, aún le acariciaba el pelo antes de dormir. Pensó en la plaza, en su gato

Ilustración

Manuela Moreno - @nueve_manuelas

de dibujos, en el pan caliente. ¿Y si afuera no había pan? Pero algo dentro de ella ardía.

La cuarta noche, escribió: «Sí». El techo desapareció. Un viento sin tiempo barrió su casa. La gente dormía sin notar cómo el cielo se agrietaba y se deshacía como papel mojado. Iru se elevó, con su cuaderno en brazos, atravesando los días como si rompiera paredes de cristal. Despertó en una colina extraña. No había casas. Ni gente. Solo el sonido de hojas nuevas bailando. Su cuaderno estaba en blanco. Escribió: «Un árbol que da sombra y cuenta historias». Y el árbol creció. Escribió: «Un río que canta». Y el agua comenzó a fluir, murmurando su nombre. Iru no volvió a ver su viejo mundo. Pero cada noche escribía un poco más. Su aldea crecía, libre, viva. Y dicen que, si escuchas con atención cuando el viento cambia de rumbo, puedes oír la voz de una niña que una vez decidió romper los barrotes del tiempo.

Mahicol Jhesid Villegas Villa, 18 años
Santa Bárbara, Suroeste
N.º 9818



En donde canta el barranquero

Aquel era un pueblo sin nombre, en lo profundo del Suroeste antioqueño, donde las montañas se apretujaban como viejas chismosas y el río murmuraba para no despertar a los cafetales. La carretera terminaba en una curva sin promesa, y más allá solo quedaba el monte. Allí vivía Emilia, la última partera de la región. Tenía manos de lana y ojos de tormenta. Dicen que ayudó a nacer a más de cuatrocientos niños, todos con el grito limpio y el ombligo bien amarrado. Vivía sola, en una casa de tapia con techo de barro, donde un barranquero cantaba cada mañana. Lo llamaba Pedro. Cuando Pedro trinaba, alguien llegaba a la puerta. Eran mujeres jóvenes, a veces casi niñas, con el miedo temblándoles en el vientre. Emilia no preguntaba nombres. Les servía aguapanela, les lavaba los pies y, cuando llegaba la hora, les tomaba la mano hasta que nacía el silencio. Un día llegó una muchacha distinta. No venía con barriga, sino con una maleta y un cuaderno.

—Soy estudiante de Medicina —dijo—, y quiero aprender de usted.

Se llamaba Sara, hablaba con acento de Medellín y tomaba notas de todo, incluso del canto de Pedro.

—Usted no escribe lo que importa —dijo Emilia mientras molía maíz—. El miedo, por ejemplo. O la vergüenza. Eso no cabe en un cuaderno.

Sara sonrió. Creía que la ciencia bastaba. Pasaron semanas. Aprendió a leer las contracciones como quien lee las nubes. A hervir toallas, calmar llantos y recibir vida sin bisturí. Pero una noche llegó una mujer en sangrado. Era un caso difícil. Emilia la atendió con temple, pero algo salió mal: la mujer murió antes del amanecer. Sara gritó, lloró, maldijo el monte y la medicina sin hospital.

—Aquí no salvamos a todas —dijo Emilia, secándose las manos—. Pero tampoco dejamos morir solas.

Al día siguiente, Sara se marchó. Dejó su cuaderno lleno de dibujos, notas y rabia. No volvió a escribir. Se hizo ginecóloga en Medellín, con bata blanca y turnos de madrugada. A veces, en quirófano, recordaba las manos de Emilia. Años después, cuando Emilia murió, nadie fue al entierro. Solo un pájaro azul cantó sobre su tumba. Sara volvió al pueblo una vez. Quería ver la casa y oír al barranquero. Pero Pedro ya no cantaba. En su lugar, encontró mujeres sentadas en fila, esperando. Eran nuevas madres, solas, con miedo. Entonces comprendió: no había regresado a recordar, sino a quedarse. Esa noche, cuando nació la primera niña, el río bajó más lento. Y en algún árbol, aunque nadie lo vio, Pedro volvió a cantar.

Ivanna Duarte Berrueso, 14 años
Apartadó, Urabá
N.º 10628



El tambor de los sueños

En un rincón caluroso de Urabá, donde el mar susurra historias antiguas y los árboles de mango dan sombra a las risas de los niños, vivía Malena, una joven que soñaba con contarle al mundo los secretos de su tierra. Pero no con palabras, sino con golpes de tambor. Su abuelo Tomás, viejo tamborero de fiestas patronales, decía que cada golpe del tambor podía despertar memorias dormidas, como si el cuero tensado tuviera alma. «Este tambor no solo suena, mi niña —le decía—, también habla». Cada tarde, cuando el sol pintaba de naranja los techos de zinc, Malena se sentaba junto al abuelo para aprender los ritmos del bullerengue y la chalupa. Pero lo que más la emocionaba era inventar sonidos nuevos. Cerraba los ojos y dejaba que el tambor guiara sus manos: a veces parecía que contaba la historia de un pez que quería volar; otras, la de una niña que recorría los manglares en busca de una estrella caída. Un día, el pueblo amaneció con una noticia que se regó más rápido que el chisme de la tienda: «Viene un concurso de cuentos, pero esta vez el cuento no se escribe con lápiz, sino con corazón». Malena sintió que su tambor palpitaba más fuerte que nunca. Esa noche, bajo la luna llena, lo colocó sobre sus piernas, cerró los ojos y comenzó a tocar. Cada golpe era una palabra; cada ritmo, una emoción.

Contó cómo su gente bailaba para espantar la tristeza, cómo los abuelos guardaban las historias en cantos, y cómo, a pesar de todo, en Urabá el tambor nunca dejaba de sonar. Al día siguiente, con la ayuda de su maestra, convirtió aquellos ritmos en palabras. Escribió: «Este cuento no tiene principio ni final, porque siempre que suena el tambor, vuelve a empezar. Es la historia de un pueblo que no se rinde, que canta, que baila, que sueña. Y yo, Malena, solo soy la tamborera que lo cuenta con el alma». Semanas después, su cuento fue leído en la emisora del pueblo. Algunos lloraron, otros aplaudieron. Pero todos sintieron que algo dentro de ellos se había movido... Como si el tambor les hubiera recordado quiénes eran. Desde entonces, cuando Malena camina por las calles, muchos la llaman «la niña que escribe con tambor».

Sarit Yuliana Palomeque Buenaño, 15 años
Apartadó, Urabá
N.º 8743

CUENTOS GANADORES

Categoría Adultos



Boca negra

Recuerdo poco de mi papá. Apenas la costumbre de verlo llegar sin camisa, embarrado, el sudor marcándole la frente, y dejarse caer en la acera, rendido. Entonces mamá le servía un vaso de guandolo. Él lo bebía despacio, cerrando los ojos, en ese frío encontraba un alivio que a mí me estaba prohibido. Las manos eran lo primero que miraba: gigantes, torpes, con las uñas comidas hasta la carne. Siempre manchadas de tierra oscura. Me daban miedo y también fascinación. No parecían suyas, más bien de un hombre distinto, uno que peleaba con piedras y regresaba a casa apenas para descansar. Una madrugada de agosto, cuando faltaban tres días para mi cumpleaños, lo oí levantarse antes que todos. El gallo todavía no había cantado, la casa respiraba en un silencio espeso. Entreabrí los ojos y lo vi calzarse las botas. Las apretaba con rabia, dispuesto a domarlas. El ruido del cuero golpeando el piso todavía me despierta de vez en cuando. Ese día el sol salió perezoso, casi apagado. Pasé la mañana jugando con una pelota desinflada en el patio, pero cada rebote me recordaba que él no estaba. Corría hasta la calle, convencida de que lo vería doblar la esquina, la camisa pegada al cuerpo, los pasos arrastrados. Al mediodía, mamá salió al corredor. Tenía la mirada inquieta, como si esperara un anuncio.

Me obligó a comer en silencio, apenas probó un bocado. La tarde se espesaba, más pesada que otras veces. Los vecinos cuchicheaban en la esquina y, cuando yo me acercaba, callaban de golpe. Ellos ya sabían, pero no se atrevían a repetirlo. Cuando cayó la noche, mamá regresó con la falda tiznada. No dijo nada. Se encerró en la pieza y yo, desde afuera, escuché cómo el llanto le partía la respiración. Nadie pronunció su nombre. Nadie explicó. Desde entonces, cuando veo a los hombres volver ennegrecidos y exhaustos, los reconozco en ese silencio, en la sed que solo calma el guandolo frío de la tarde. Yo también me quedé con esa sed. Cada año, cuando faltan tres días para mi cumpleaños, voy hasta la mina, me planto frente a su boca negra y le pregunto si fue ella. Le pido que me devuelva a mi padre. Me quedo observando ese hueco inmenso que respira y me traga con los ojos cerrados. La examino con rabia y con miedo. Ella nunca responde. Me tiembla la piel cuando siento que me observa, escondida en la oscuridad. Su silencio retumba. Parece una bestia dormida, esperando. Y yo, cada vez que la enfrento, temo que un día despierte.

Mariana Salas Valencia, 22 años
Amagá, Suroeste
N.º 9315



En lo profundo

Siempre me ha gustado nadar. Cuando me sumerjo en el río Nechí, me siento libre, en silencio, solo con el sonido de mis brazadas y mis patadas. Incluso prefiero nadar de noche, bajo las estrellas. Tenía unos ocho años cuando, como de costumbre, nadaba en el río. Nunca tuve clases formales: quien me enseñó fue mi abuelo Ascencio, que decía que uno tenía que aprender a pelear con la corriente, no contra ella. Una noche, un joven con acento extraño, de esos del otro lado del charco, me preguntó:

—¿Sabes bucear?

Le dije que no.

—Bucear es lo más parecido a estar en el espacio —me dijo—. Si bajas lo suficiente, llegas a un punto donde no te hundes ni subes. Solo flotas, suspendido en el agua. Como en el espacio.

Desde ese día, me obsesioné con bucear en mi río. Lo caminaba entero, horas y horas, buscando el punto más profundo para sentir lo que me describió aquel extranjero. Mientras jornaleaba con mi papá en los cultivos de café o tamarindo, me preguntaba si algún pozo del Nechí me daría esa sensación. Me entretenía en la biblioteca del colegio viendo fotos de nuestros peces; añoraba poder bucear y algún día poder ver el marlín azul o el pez vela. Esos, sin duda, eran mis favoritos.

Vivíamos en El Bagre, donde la vida es sencilla y se gana lo justo para el día. Cuando terminé el colegio, unos compañeros me contaron sobre un trabajo en minería donde se ganaba bien y no piden muchos papeles. Era perfecto para ahorrar e irme a estudiar buceo en las costas del Pacífico. Me metí de volador. Me gustaba ir adelante, detonar, internarme días en la mina. A veces pensaba que estar bajo tierra era como bucear: todo oscuro, profundo, escuchando solo mi respiración. Trabajé tres años. Mientras los demás gastaban el sueldo en licor, yo ahorra. A finales de octubre ya tenía lo necesario. Iba a trabajar hasta diciembre, pasar Navidad con mis padres y luego irme. Pero todo cambió ese jueves.

Ese día, internado en la mina, comenzaron los enfrentamientos entre grupos por el control del territorio. Se escucharon explosiones, temblores, gritos. Una detonación grande hizo caer rocas hasta bloquear la salida. Quedamos atrapados. Sin luz. Sin noticias. Pasaron los días. El silencio era absoluto. Solo se oía la respiración... Y, poco a poco, ni eso. Al día 17, sin agua ni comida, muy débil, empecé a ver luces azules en el techo. Era como agua. Un rayo de sol iluminaba las paredes. Sentí que descendía. Profundamente. El sol desapareció. La oscuridad volvió. Y entonces lo sentí. Estaba flotando. Suspendido. Como dijo aquel extranjero. No me hundía. No ascendía. Solo flotaba. Cerré los ojos. «Lo lograste —me dije—. Ahora respirá». Y me concentré en sentir cómo era por primera vez estar en lo profundo.

Carlos Eduardo Rosales Posada, 37 años
Santa Fe de Antioquia, Occidente
N.º 8979



Vías vacías

Don Aníbal se sienta cada tarde en el viejo taburete del zaguán, mirando cómo el polvo del camino se levanta con la brisa caliente. La casa, de barro y madera, se sostiene como él: por terquedad. Desde ahí ve pasar motos, bicicletas y mulas, pero nunca pasó un tren. Nunca. Hace más de setenta años, cuando aún era un muchacho, colgaron en la plaza un afiche en blanco y negro: «Pronto, la estación del ferrocarril llegará a Amalfí». Decían que los rieles vendrían desde Puerto Berrío, atravesando montañas y veredas hasta besar la tierra roja de su pueblo. Los domingos, después de misa, se reunían en el parque a hablar del futuro. Que vendrían turistas, que el café valdría el doble, que los hijos podrían estudiar lejos, sin tener que caminar días. Aníbal se entusiasmó tanto que construyó su casa justo al borde del camino donde decían pasarían los vagones. Plantó cacao, caña y café, convencido de que su finca sería la primera en ver pasar la locomotora. Pero pasaron los años, y con ellos las promesas. La estación nunca se levantó. Un día alguien se llevó el afiche de la pared, como si borrar la imagen fuera suficiente para olvidar el sueño. Él no olvidó. Mientras otros se iban a Medellín o se entregaban al desencanto, Aníbal se quedó. Abrió un trapiche, crió a sus hijos entre sacos de grano y cuentos de acero.

Ilustración

Sebastián Cadavid - @jsebastiancadavid

En cada comida les repetía: «Aquí iba a pasar el tren, justo por donde baja esa quebrada». Y señalaba el mismo lugar, como si aún esperara verlo. Ahora, los nietos lo graban con el celular, hacen videos para mostrar al mundo «al abuelo del tren fantasma». Él se ríe con la boca sin dientes, pero los ojos le brillan cuando cuenta la historia. Porque en su mente, el tren sigue viniendo, lento pero seguro, como las cosas que se hacen con fe. Una tarde, mientras el sol cae tras los cerros, una moto se detiene frente a la casa. Es un joven con gafas oscuras, que baja con un dron bajo el brazo. Viene a grabar un documental sobre las vías férreas que nunca fueron. Don Aníbal lo invita a pasar.

—Vea, muchacho, ese camino que va pa la quebrada..., ahí era.

Y mientras el dron sube y captura el paisaje, Aníbal cierra los ojos. En el zumbido del aparato cree escuchar, por un segundo, el silbato lejano de una locomotora.

—Tarde, pero llegó —murmura.

Pedro Quintana Hoyos, 28 años

Amalfi, Nordeste

N.º 8670

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Infantil

Estos cuentos celebran la vida cotidiana de los municipios, dando brillo, sabor y textura a los símbolos que nos constituyen. La imaginación de los más pequeños nos regala un lente particular para valorar lo sencillo, volver a colorear lo que a veces dejamos de ver y reencontrarnos con la naturaleza.

Mención «Miramos el futuro»

Entre montañas y cafetales

En Urrao, un municipio de Antioquia rodeado de montañas y ríos, vive Estiwer, un niño que disfruta crecer en su tierra. Sus días empiezan temprano, cuando el canto de los gallos anuncia la mañana y el aire fresco baja del páramo del Sol. Camino a la escuela, Estiwer observa los cafetales y los cultivos de maíz que sus padres cuidan con esfuerzo. En clase aprende, juega con sus compañeros y sueña con algún día ser alguien que ayude a su comunidad. Por las tardes, le gusta ir al río Penderisco con sus amigos, donde se bañan y pescan pequeños peces. A veces acompaña a su familia a la finca, donde aprende a sembrar y a cuidar los animales. Allí entiende que la vida en el campo requiere dedicación, pero también regala momentos de paz. Urrao es para Estiwer un lugar único: tiene calles tranquilas, casas con balcones llenos de flores y una plaza donde la gente se reúne a conversar. Él sabe que crecer en su pueblo es un regalo, y sueña con que todos valoren la riqueza natural y cultural que allí existe.

Estiwer Correa Herrera, 13 años
Urrao, Suroeste
N.º 10998

Café con pan

Amadeus es el nombre de mi mejor amigo, que en este momento...

Mejor primero les cuento cómo lo conocí. Él nació en una familia fina, en Francia, específicamente en la calle más cara de París, en una hermosa casa, la más grande que se puedan imaginar, lo malo de esta familia es que no valoraban lo sencillo, siempre tenían que vestir, comer y tener lo que solo estaba al alcance de ellos; y así se crio Amadeus, sin comer una sola rebanada de pan ni tomar un sorbo de café, sin vestir una sola camiseta o unos tenis, siempre debía ser lo mejor. Cuando mi amigo creció, se fue de la casa, decidió ir en busca de las comidas más finas del mundo para encontrar «el sabor brillante». Viajó por todo el globo terráqueo, pero esa comida que, al momento de tocar su paladar, hiciera que su sentido gustativo explotara de lo deliciosa que fuera, no la encontraba. Muchos sí la encontraban, pero él no. Solo le faltaba Colombia, y como estaba por ahí cerca, fue muy rápido a buscarlo. Nuevamente visitó todos los lugares, y aunque la comida era la más deliciosa que había probado jamás, aún no le tocaba el corazón. Por último fue a Antioquia, estaba ansioso de ir pues decían que era un lugar hermoso. Fue y era cierto, solo tendría que probar la comida. Llegó a un lindo pueblo pequeño llamado Fredonia, donde la gente, aunque no lo conociera, le decía: «¡Hola, amigo! ¿Cómo está?». Él siempre respondía: «¡Bien!». Pues sabía hablar muy bien el español. Y nuevamente probó todas las comidas más finas que encontró, desde el centro del pueblo hasta sus lejanías, y aún

no encontraba nada. Antes de rendirse, decidió preguntarles a los fredonitas cuál era la mejor comida que podía encontrar en el pueblo; todos le respondían: «¡Cómo está, amigo! ¡Claro! Lo más delicioso, un pedazo de pan calentito con un tinto oscuro». Todos decían lo mismo, y él siempre hacía la misma expresión disimulada de disgusto. Así nos conocimos, un desconocido, en un pueblo amable, preguntándome qué comida me encantaba del pueblo. Obvio, no lo iba a dejar ahí solo para que se imaginara un pan echando humo y un líquido negro, lo llevé a una panadería muy comercial y le di un pedazo grande de pan caliente con queso y un tinto oscuro. Al principio me dijo: «No, gracias, yo hablaba de comida cara». Pero lo convencí de que solo lo probara y si no le gustaba lo dejara. Y lo hizo, cerró los ojos, mordió el pan, y ¡vaya!, era delicioso. Tomó café y sintió cómo su corazón latía más rápido. Nunca se imaginó que eso tan sencillo fuera tan rico, se lo comió todo, se vino a vivir a este pueblito y, en este momento, ahora sí, estamos a punto de disfrutar juntos un delicioso pan con café, pues mi amigo entendió el valor de lo sencillo.

Sofía Restrepo Marulanda, 11 años
Fredonia, Suroeste
N.º 8983

El secreto del grano rojo

En las laderas del Tolima, donde la montaña se cubre de neblina al amanecer y el canto de las aves anuncia la faena, estaba la vereda El Paraíso. Sus habitantes vivían del café, tradición que había pasado de generación en generación como un tesoro. En cada casa de bahareque, el aroma a grano recién tostado era parte de la vida diaria. Los abuelos contaban que el café no solo alimentaba el cuerpo, sino también el espíritu. Había llegado a Colombia siglos atrás y, mezclado con la sabiduría de campesinos, indígenas y afrodescendientes, se había convertido en símbolo de unión. En las tardes de cosecha, mientras llenaban los canastos, se escuchaban coplas y cantos que alegraban el trabajo. Pero también había una historia que los niños escuchaban con cierto temor: la del grano rojo. Decían que, si alguien recogía café sin respeto o maltrataba las matas, aparecía un fruto brillante entre las ramas. Quien lo tomaba escuchaba voces en el viento y veía sombras entre los cafetales. Ana, una muchacha curiosa, decidió probarlo. Una madrugada se levantó antes que todos, tomó un canasto y bajó hacia el cafetal. El rocío brillaba sobre las hojas cuando, de pronto, lo vio: un grano rojo intenso, más grande que los demás, como si ardiera por dentro. Al tocarlo, el viento sopló fuerte y un murmullo recorrió el lugar. Ana sintió miedo, pero recordó las palabras de su abuela: «La tierra escucha, cuídala y ella te cuidará». Entonces se inclinó, cerró los ojos y dijo en voz baja: «Gracias, tierra, por darnos este fruto. Gracias, ancestros, por enseñarnos el camino». El viento se calmó, los pájaros cantaron de nuevo y el grano extraño desapareció.

Ana comprendió que no había sido un castigo, sino una prueba: la tierra siempre exige respeto. Desde entonces, cada vez que alguien trabajaba en la vereda, lo hacía con gratitud. Y el café no era solo un producto para vender, sino un símbolo de memoria, esfuerzo y vida compartida en las montañas de Colombia.

Santhiago Tapias Basilio, 12 años

Apartadó, Urabá

N.º 10003

Gurre, el guardián del Pueblo Blanco

En lo alto de las montañas verdes de Antioquia, donde las casas brillan como nubes y el aire huele a arequipe y cabuya, vivía un pequeño gurre llamado Vicentico. No era un gurre cualquiera: tenía una coraza brillante y un corazón curioso. Su hogar era el parque del Gurre, justo en la entrada del pueblo blanco, San Vicente Ferrer. Aunque muchos animales del parque del Gurre lo consideraban tímido, Vicentico tenía un talento especial: podía escuchar cosas que otros no. Cuando un árbol suspiraba, cuando una rana cantaba a la luna, cuando el colibrí zumbaba una historia, Vicentico lo entendía todo. Un día, Vicentico escuchó un rumor entre los helechos: «Los colores del pueblo están desapareciendo». Las flores del parque ya no cantaban, los tapices de cabuya se veían pálidos, los callejones de colores perdían su magia y hasta la bandera que sostenía el monumento del gurre parecía triste. Vicentico decidió emprender una misión. En una marcha de gurres y valerosos amigos como Luci, la luciérnaga, que brillaba incluso cuando estaba triste; Calo, el perro sabio que siempre tenía una historia, y Taina, el armadillo que recogía semillas olvidadas, recorrieron los rincones del pueblo: el kiosco del Gurreñito, la fuente de la Negra, la iglesia de Chiquinquirá y los campos de fique. En cada lugar, recogía un color perdido: el verde de los cultivos, el blanco de las fachadas, el amarillo del sol que acaricia las colinas, el azul de los callejones. Al llegar al cerro de Morrito, Vicentico se enfrentó al viento gris que quería borrar la memoria del pueblo. Pero con los colores en su coraza y la ayuda de los niños del pueblo, formó un

arcoíris que iluminó San Vicente Ferrer como nunca antes. Los colores volvieron, más vivos que antes. El gurre del monumento sonrió y todos los sanvicentinos celebraron con música y cuentos bajo las estrellas. Desde ese día, cada vez que alguien entra al pueblo y ve al gurre levantando su pata, sabe que está entrando a un lugar donde la memoria, la tradición y la alegría nunca se apagan.

Salomé Sánchez Quintero, 10 años

San Vicente, Oriente

N.º 9009

El canto del golfo

El sol apenas despuntaba sobre el golfo de Urabá, tiñendo el agua de un naranja espeso como jugo de corozo. En la pequeña chalupa, el silencio entre el viejo Matías y su nieto, Leo, era más pesado que el aire húmedo cargado de olor a sal y a banano maduro.

—No pica nada, abuelo. El mar está mudo hoy —se quejó Leo, de apenas diez años, mientras su anzuelo dibujaba círculos inútiles en el agua quieta. Matías no respondió con palabras. Entornó los ojos, arrugados como redes viejas, y llevó un dedo a sus labios. Luego, lo apuntó a su propio pecho.

—El mar nunca está mudo, mijo. Solo que a veces no canta pa los oídos, sino pa'l cuero. Leo frunció el ceño. Las frases de su abuelo a menudo eran como los manglares: llenas de raíces torcidas que uno no sabía a dónde llevaban.

—¿Pa'l cuero? —repitió, incrédulo.

—Cierra los ojos —ordenó el viejo con una voz suave como el arrullo de las olas—. No escuches. Siente. Siente la madera de la chalupa en tus pies. ¿Ves que vibra distinto?

El niño obedeció. Con los párpados cerrados, el calor del sol se hizo más intenso en su rostro. Al principio, solo sintió el suave vaivén de la barca. Pero se concentró, como le había enseñado Matías a hacer con el nudo del ancla, y entonces lo percibió. No era un sonido. Era una cadencia, un pulso sutil que subía por las plantas de sus pies un temblor rítmico, diferente al del motor apagado o al del simple oleaje. Era un murmullo profundo que venía de las entrañas del golfo.

—Ahí es —susurró Matías, como si temiera espantar el secreto—. Donde la corriente canta su bullerengue. Tira la atarraya ahora. ¡Ahí!

Leo abrió los ojos de golpe. El agua parecía la misma, lisa y cobriza. Pero su cuerpo ahora sabía que no lo era. Con un movimiento que había practicado mil veces en la orilla lanzó la red. El plomo dibujó un círculo perfecto en el aire antes de besar el mar. Cuando la recogieron, no venía vacía. Decenas de lisas plateadas se retorcieron en la malla, brillando como un tesoro de escamas bajo el sol naciente. Leo miró a su abuelo con los ojos muy abiertos, llenos de asombro. Matías simplemente sonrió, una sonrisa que mostraba el profundo saber de la tierra y el agua.

Ese día, Leo entendió que el verdadero legado de su abuelo no era enseñarle a pescar, sino a escuchar el canto silencioso de Urabá.

Samuel Hurtado Durango, 13 años

Apartadó, Urabá

N.º 10348

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Juvenil

Aquí, la realidad se abre paso desde un hallazgo inesperado, un silencio impuesto, una mirada filial, el canto del mar o el ritmo del bullerengue. Los jóvenes rinden homenaje al amor y a las postales que emergen de las tradiciones, al tiempo que entregan testimonios valiosos sobre nuestros dolores y ausencias.

Mención «Canto a la tierra»

Cuando el pueblo soñó con alas

Salió de su casa con un majestuoso vestido turquesa, botas negras y un enigmático antifaz del mismo tono, ocultando su indiscifrable mirada en tonos ámbar. Llegó a la fiesta de disfraces. Allí, un público expectante observaba con detalle los matices, acabados y patrones de cada coraza. Oculta tras la bruma, finalmente se dejó ver: imponente, egregia, anómala. Extendió sus alas... *flashes*, voces, emoción. Fue fotografiada, admirada, reconocida. Era ella, ya registrada en la tierra del siempre volver. Partió de la fiesta igual que como había llegado, con el misterio aún posado en los hombros y el fulgor de mil miradas siguiéndola. Alzó su antifaz como quien revela un secreto, y por un instante pareció que el cielo turquesa de Támesis se derramaba sobre la espesa niebla blanca. Era el ave renacida en la penumbra, la joya alada de los cafetales, un destello raro, esquivo, sagrado: la *Dacnis hartlaubii*. Se deslizó hacia la noche, dejando que el murmullo quedara atrás. Su silueta, teñida de turquesa y sombra, parecía encender el aire con cada paso. Por un instante, todos contuvieron el aliento: habían visto algo poco común, una joya viva que solo se deja contemplar una vez antes de perderse entre los cafetales y el sereno.

Sofía Moncada Paniagua, 16 años

Támesis, Suroeste

N.º 11877

Mención «No olvidamos»

Navidad sangrienta

La sangre mezclada con el tinto recién hecho manchaba la Navidad negra que nadie quería celebrar aquel 24 de diciembre en el corazón del pueblo. Desde la carretera hacia Santa Ana, la mañana parecía tranquila bajo su luz tímida, pero yo, una niña de pocos años, sentía que cada sombra escondía un secreto imposible de nombrar. Jugaba cerca de la chocita de madera con techo de zinc, mientras el frío se colaba entre mi ropa vieja y los zapatos gastados, y un silencio pesado me hacía temblar. Cada risa compartida con mis amigas sonaba ahora lejana, como un eco de otra vida. Los años noventa nos enseñaron a vivir con miedo. Paracos y guerrilleros caminaban entre nosotros como fantasmas; cada día había plomo en el aire, cada noche cuerpos en la morgue. La violencia era rutina, y la normalidad un recuerdo distante. Vi bajar la línea por el caminito hacia Santa Ana. Los vecinos se agrupaban, hombres y mujeres, como si fueran piezas de un juego macabro. La gritería estalló, y los disparos cortaron el aire, secos y cercanos. Me escondí detrás de la cerca, paralizada, sintiendo cada estallido como un golpe que me arrancaba el aliento. El olor metálico de la pólvora se mezclaba con el humo del tinto y dejaba un sabor amargo en la boca. Mis manos temblaban, y cada sombra del zinc parecía acecharme con ojos invisibles. Ocho personas cayeron esa mañana, vidas arrancadas como flores antes de tiempo. La carretera quedó en un silencio roto solo por pasos y lamentos; nadie

podía llorar, nadie moverse. Recordaba las Navidades pasadas, con luces y risas, y sentí cómo la tristeza se me enroscaba en la garganta como serpiente fría. Cuando todo terminó, los vecinos caminaron en silencio hacia la funeraria, que olía a incienso y a cajones apilados. La noche cayó con un peso imposible de sostener. No hubo pólvora, ni mercatruque, ni risas que celebraran. Solo el llanto flotaba sobre el llano, un dolor que se clavaba en la piel y en los recuerdos. Aprendí esa mañana que la Navidad podía teñirse de negro, que el miedo podía calar hasta los huesos, que la muerte estaba tan cerca como la carretera. Y entendí algo más: que el dolor no desaparece, que se instala como una sombra persistente. Cada tinto que mi mamá servía, cada caminito hacia Santa Ana, cada risa estaba marcada por esa herida que nadie podía cerrar. Ese 24 de diciembre me enseñó que la memoria es resistencia, que sobrevivir es un acto de justicia silenciosa, y que incluso en la oscuridad más profunda, la vida seguía, frágil y temblorosa, como una vela que se niega a apagarse en el viento del llano colombiano. Mientras cerraba los ojos esa noche, escuchando el silencio eterno de la calle vacía, comprendí que cada sombra, cada susurro del llano, era un recordatorio de que, pese a todo, seguíamos vivos, y eso, en medio del conflicto, era un pequeño acto de rebeldía.

Matías Cardona Muñoz, 15 años
San Vicente, Oriente
N.º 11568

Abolera de los racimos

En Apartadó, donde el calor no se suda, se respira, nació Abolera Martínez, una mujer que hablaba con los bananos. «No era brujería —decía—, era vocación». Desde niña supo que lo suyo no era pelar racimos, sino interpretarlos. «Cada banano trae un destino», murmuraba, mientras los trabajadores del Urabá se reían entre sorbos de agua helada y dolores de espalda. Hija de migrantes de Unguía, Chocó, llevaba en la sangre río, tambor y secretos. Su abuela, joyera de filigrana, le enseñó a leer los sueños, las sombras y los frutos. «La magia no está en lo que ves —le repetía—, sino en lo que reconoces sin preguntar». Trabajaba en la bananera Garrucha, donde el ritmo era brutal y el sueldo microscópico. Allí todos tenían dos caminos: banano o hambre. Pero Abolera tenía otro: quería ser alcaldesa de Apartadó. No para robar —como decían que hacían todos—, sino para sembrar justicia donde solo florecía desigualdad. «¡El día que uno de estos bananos me dé los números del chance, arranco la campaña!», gritaba entre cajas, entre la burla de los compañeros y la sonrisa cómplice de quienes intuían que aquella mujer hablaba en serio. Una tarde, entre risas y sudor, un banano le habló en voz grave, con un eco que parecía venir de las entrañas de la tierra:

—Abolera... Prepárate. Vienen cambios. Te toca liderar.

Ella no se asustó. Se arregló la trenza, se quitó los guantes y, con una bocina vieja, proclamó su candidatura en el parque de la Martina. Tenía cero pesos, pero mucha lengua. Su campaña fue simple: recorrer veredas, escuchar a la gente y prometer lo imposible. Como techar la cancha del barrio Policarpa, llenar de luces

las calles polvorientas o lograr que el agua llegara al Salvador sin esperar el aguacero. Lo que nadie sabía —salvo los bananos— era que Abolera había sellado un pacto en una finca abandonada, donde los esclavos dejaban sus penas clavadas en los troncos. A cambio de luchar por los pobres, un espíritu ancestral le regaló un don: cada vez que hablaba desde el corazón, el viento multiplicaba su voz hasta colarse por ventanas, cocinas y sueños. Así, sin redes sociales ni padrinos políticos, su nombre corrió por todo Antioquia. Decían que tenía un poder extraño para convencer, que con una sola frase hacía callar a un auditorio y que, cuando levantaba la voz, hasta los mangos caían solos de los árboles. No ganó la alcaldía. Le robaron las elecciones con la vieja táctica del tamal y la teja. Pero no se rindió. Regresó a la Garrucha, organizó a los trabajadores y fundó una cooperativa. Cuando intentaron echarla, el pueblo entero salió a defenderla, levantando pancartas hechas con cartón y rabia. Hoy, Abolera sigue en Apartadó. No tiene poder, pero tiene pueblo. Y cada amanecer, mientras el calor despierta, los bananos aún le susurran destinos, como si en sus manchas negras estuviera escrito el futuro de toda la tierra caliente.

Sahray Alejandra Mena Martínez, 18 años
Apartadó, Urabá
N.º 11005

¡Óyelo!

En lo profundo de los caminos calientes de Chigorodó, donde las guadas crecen abrazadas al río y los platanales susurran secretos al viento, vivía Severino, un niño de mirada viva y espíritu inquieto. Amaba correr descalzo por las veredas, pero lo que más lo emocionaba era el sonido del tambor. Lo oía incluso cuando no había música, en el goteo de la lluvia sobre el zinc, en el crujido de las hojas secas y en el murmullo del agua contra las piedras. Su abuela Chave decía que Severino no solo escuchaba, él sentía el tambor. Una noche, cuando la luna se reflejaba en las aguas del río como una moneda grande, Severino despertó con un sonido que no venía del pueblo. No era el tambor de las Fiestas de San Pachito ni el de los ensayos de mapalé en el parque. Era un tambor profundo, ancestral, que parecía venir del corazón mismo de la tierra. Guiado por el eco, cruzó el rastrojo y se internó en el monte. Las guadas, altas y verdes, se mecían al ritmo del viento como si también bailaran. El camino lo llevó hasta más allá del puente, justo al borde de la playa del río. Allí, entre las raíces húmedas y el perfume de la selva, vio un tambor gigante hecho de guada viva, que latía solo, sin manos. A su alrededor danzaban figuras hechas de barro, agua y hojas, los espíritus de las bailadoras, los tamboreros y las cantadoras, entre ellos una mujer apareció; tenía la piel color cacao, ojos como los del río al atardecer y una corona de flores y hojas de plátano. «Soy la cantadora Ekuela, ¿lo recuerdas? O le preguntas a tu abuela... —le dijo—. Has llegado porque llevas la música en la sangre. En este pueblo, muchos han olvidado el porqué de

los bailes, pero tú puedes despertar la memoria». Del tambor brotó una semilla envuelta en hoja de plátano. «¡Plántala cerca del río, frente a la escuela! Cuando crezca, el tambor volverá a hablar y quien escuche, recordará». Severino volvió al amanecer. Nadie le creyó, solo su abuela Chave, que lo abrazó sin decir nada. Plantó la semilla al borde del río. De ella brotó una guada dorada que creció rápido, fuerte, como si la tierra la apurara. Con el tiempo, cada vez que el viento soplabla entre sus tallos, se oía un ritmo suave, un tambor lejano. Los niños empezaron a bailar con más ganas, los viejos contaban historias del tren bananero, de las fiestas, de los pueblos emberas. La música volvió a llenar el alma del pueblo. Años después, Severino era maestro de música. Cada vez que tocaba su tambor, algo en el río respondía y en las noches de luna las guadas bailaban. Podías escuchar cómo con cada repique de tambor sentías en el más allá el «¡Óyelo! ¡ESO E! ¡BULLERENGUEEE!» de la cantadora Ekuela.

Annys Yossara Díaz, 16 años
Chigorodó, Urabá
N.º 10499

Donde el cielo toca el río

A las cinco en punto, Jacinta siempre bajaba al río. No importaba si llovía, si había escuela o si el sol rajaba las piedras. Cruzaba el potrero, espantaba las vacas, y llegaba a la curva donde el agua parecía susurrar algo. Nadie sabía por qué lo hacía. «Esa niña está buscando lo que ya no vuelve», decían las vecinas en San Rafael, Antioquia. Pero Jacinta sí sabía por qué. Allí, justo en ese recodo del río, había visto por última vez a su hermano Andrés. Tenía doce años, una risa escandalosa y el sueño de ser raperero. Una tarde cualquiera, salió a montar en bicicleta y nunca regresó. Desde entonces, su nombre era un silencio que pesaba en toda la casa. Jacinta tenía diez años cuando desapareció Andrés. Ahora tenía catorce, y con el tiempo aprendió a callar las preguntas. Pero había una cosa que no podía evitar: el río. Sentía que, si lo escuchaba con paciencia, podría oírlo a él. Una tarde de cielo plomo, Jacinta se sentó como siempre en su piedra favorita. Sacó del bolsillo un cuaderno de tapas negras en el que escribía todo lo que nunca decía en voz alta. Frases sueltas. Versos que rimaban sin querer. Pensamientos como latidos. «Si el río hablara, me diría si Andrés todavía me sueña», escribió. Y entonces, como si el mundo la oyera, una hoja de almendro cayó sobre el cuaderno. Llevaba escrito, con letra chueca y apurada: «Sigue escribiendo, que el silencio no puede con tu voz». Jacinta se quedó helada. Buscó a su alrededor. Nadie. Solo el río. Volvió al día siguiente. Y al otro. Y al otro. Cada vez, una hoja distinta la esperaba, con palabras que parecían responderle: «Tu rabia también es semilla». «No olvides que cantar también es resistencia». «No estás sola». Nunca

descubrió quién las dejaba. Tal vez era otro hermano perdido. O alguien que, como ella, buscaba respuestas sin romperse. Lo cierto es que, con cada hoja, Jacinta escribía más, sentía menos miedo..., y su voz crecía. Meses después, subió al escenario del colegio y leyó un poema suyo en voz alta. Fue la primera vez que habló de Andrés sin llorar. Y fue la primera vez que su papá la miró sin bajar la cabeza. Hoy, Jacinta tiene quince. Todavía baja al río, pero ya no en silencio. Va con otros chicos que también tienen ausencias, rabias, sueños. Juntos pintaron un mural frente al puente: una bicicleta, una libreta, y un río que se convierte en palabras. Y debajo, en letras grandes, dejaron escrito: «Aquí nadie se pierde del todo. Aquí los ausentes también hablan».

Estefanía Salazar Arcila, 17 años

Sonsón, Oriente

N.º 8797

El tercer día

La mañana en Hispania siempre era igual. Me levantaba a las siete y quince, el estómago se me encogía solo de pensar en la escuela. A mis nueve años, la idea de ir a estudiar me llenaba de un terror silencioso, no por las clases, sino por ella: la profesora. Sus ojos, llenos de una oscuridad que no entendía, y el tono cortante de su voz me traspasaban el corazón. «Tu hija tiene problemas de aprendizaje», le decía a mi mamá, aunque yo sabía que no era cierto. Los apodos de mis compañeros y las preocupaciones que no eran de una niña de mi edad pesaban sobre mí como un bolso de piedras. Mi verdadero escape era esa pantalla mágica. Un mundo de colores, de reinos lejanos donde yo podía ser parte de algo más grande. Me tiraba en la cama, sumergida en las telenovelas, esas historias tan diferentes a mi vida que me hacían sentir un interés que nada más podía. Intentaba no llorar, pero las lágrimas saladas rodaban por mis piernas. Me reía para que no se notara mi tristeza y le pedía a Dios en mi mente, una y otra vez: «Dios, ayúdame a tener un padre. Ayúdame». Entonces, la angustia se volvía a instalar. El sonido de la moto de mi tío que se acercaba. Él aprovechaba que mi mamá no estaba para besarme a la fuerza, para que el tufo de aguardiente y cerveza se me quedara en la piel. Sus manos ásperas me daban monedas: quinientos, mil, doscientos. Me dio seis mil ese día. ¡Tanta plata! Con ese dinero, en el recreo, me compré labiales rojos y cualquier cosa que se me antojara. Hoy tuve clase de matemáticas y geometría. De pronto, la puerta se abrió y unos policías entraron al salón. Un escalofrío me recorrió el

cuerpo, el nerviosismo me invadió. Nos dieron una charla: a los niños no se les toca. El deseo de ser valiente y contarlo fue un pensamiento fugaz. Por la tarde, Sara me invitó a su casa. Fue tan bacano poder acariciar a su conejo, comer galletas y ver películas. El tiempo se me fue volando y caí en la cuenta de que mi mamá no sabía dónde estaba. Me asusté, pensé en la pela que me esperaba. De camino a casa, iba cantando y con un bombón en la mano. Cuando llegué, el regaño fue inevitable. Pero en la mirada de mi mamá, más allá de la rabia, había una angustia profunda y el amor más grande del mundo.

Estefanía Piedrahíta Ruiz, 17 años

Betania, Suroeste

N.º 10556

Black Baccara

Lo conocí hace tres meses en la playa de Arboletes. Yo estaba sola, leyendo en una silla de esas que se alquilan por hora. Cuando lo vi venir desde la orilla, cojeando de un pie. Al parecer se había golpeado con algo. Se dejó caer en la silla de al lado, queriendo recostarse. Le di una rápida mirada: torpe y guapo, como me gustan. Le ofrecí un poco de mi agua de coco y me pidió el número con la excusa de que «no quería morir deshidratado». Desde entonces no dejamos de hablar. Me enteré de que llevaba poco de haberse mudado aquí. Su familia y él eran de Marinilla, y estaban en el pueblo porque a su papá lo habían trasladado por su trabajo, era policía. Esta noche sería especial. La primera cena juntos en un espacio privado. Él cocinaría. Yo llevaría el vino y un centro de mesa. Escogí unas *Black Baccaras*. Nunca había visto rosas tan oscuras, como terciopelo casi negro. Cuando las vi en la floristería del centro, no lo dudé. Algo en su forma me atrapó. Tenían algo hipnótico... casi vivo. La noche cayó sin apuro, y nos encontró entre risas y anécdotas. La mesa estaba servida con cuidado: velas encendidas, platos hondos, copas delgadas..., y a Gilberto Santa Rosa flotando suave por el ambiente. La cena estaba deliciosa: lomo al horno con especias dulces, puré de papa y una salsa riquísima hecha a mano. Comimos, conversamos, brindamos. Todo iba bien. Demasiado bien.

—¿Vemos algo en Netflix? —le pregunté.

—Sí. Si quieres, yo hago las crispetas —dijo, ya de pie.

Se fue a la cocina. Yo me fui al sofá. Buscando el control

remoto moví uno de los cojines y noté un papel entre las costuras. Era un pedazo de hoja arrancada, doblada en cuatro. Lo abrí. «Vete ahora. Te va a matar». Sentí un vacío en el pecho. El corazón me golpeó las costillas como si buscara salida. Mis dedos sudaban. Un escalofrío me recorrió. Entonces, él volvió con el bol de crispetas entre las manos.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Sí —dije con mi mejor sonrisa, y arrugué el papel en mi mano con cuidado de no romperlo.

Se sentó a mi lado. Puso *play*. Comenzamos a ver la película. Yo no podía concentrarme. Mi mente repasaba cada detalle, cada posible descuido. ¿Quién dejó la nota? ¿Cuándo? ¿Cómo es que no la había notado? No importaba. Lo importante era que fui yo quien la encontró. Solo debía asegurarme de ser más cuidadosa la próxima vez. Y de limpiar bien en todos los rincones. Mientras las escenas pasaban, lo observé por el rabillo del ojo. Se reía. Me miraba. Era lindo. Tan ingenuo.

Geidy Marcela Santacruz Mena, 19 años

Apartadó, Urabá

N.º 12050

CUENTOS FINALISTAS

Categoría Adultos

El tiempo del amor y el desamor, el que corre distinto, el de la plegaria y la evocación, el que no da tregua, el que se instala en la historia nacional. Escribir cuentos es una aventura hecha de tiempo. En estos relatos la temporalidad traza coordenadas emocionales y culturales de una región profundamente diversa.

Jerico en el costal

El primer recuerdo que tengo de Jerico es un aroma: ese café recién tostado que trepa por las calles empedradas y se enreda en las montañas como si quisiera quedarse a vivir en ellas. Mi padre, Fernando, a quien todos llamaban Nando, era cafetero. Desde niña lo seguía en la finca, entre laderas que olían a tierra húmeda y a cereza madura. Sus manos, curtidas por el sol, recogían grano por grano como si cada uno fuera un tesoro secreto. «El café nos da la vida —decía mi papá—, pero también nos la cobra». Yo no entendía del todo, hasta que veía las grietas en su piel, las uñas teñidas de rojo por la recolección del café, el cansancio notorio en sus hombros al cargar los costales por esas lomas empinadas de San Ramón. Entonces comprendía que cada taza de café nacía del sacrificio anónimo e invisible de quienes rara vez aparecen en los libros de historia. Una tarde bajamos juntos al pueblo. Las campanas repicaban en la iglesia llamando a misa y la plaza estaba llena de voces. Nando entregó su cosecha: montones de café brillaban bajo el sol, pero al final recibí apenas unas monedas. Las guardó en el bolsillo sin quejarse. En sus ojos había dignidad, no resignación. Esa noche, mientras subíamos entre cafetales y bruma, camino a la vereda, prometí en silencio que un día contaría la historia de esas manos, para que no se borrarán con el tiempo. Hoy mi padre ya no está. No me dejó tierras ni monedas: me dejó un costal viejo, con las fibras gastadas y el olor eterno del café impregnado en ellas. Lo guardo como un relicario. Me siento en la plaza de Jerico con ese costal sobre las piernas en la terraza del parque. Pido una

taza de café en el mismo lugar que frecuentaba mi padre y, al probarla, descubro que no estoy tomando solo café: estoy tomando recuerdos. Cada sorbo me devuelve la voz de Nando, el eco de los arrieros, el canto de los cafetales, el sudor de los jornaleros y la esperanza terca de quienes erigieron un pueblo entre montañas. Levanto la taza al cielo y susurro: «Gracias, papá, por enseñarme que el café no es solo cosecha, sino también dignidad y memoria. Aunque ya no estés, en cada grano seguirá latiendo Jericó, y el costal de Nando nunca quedará vacío».

Nota de la autora: Soy hija de un cafetero de Jericó. Escribí este cuento en medio de un cafetal, como homenaje a mi padre, Nando, y a todos los campesinos que, con el café entre sus manos, han sembrado memoria y dignidad en las montañas de Antioquia.

Shirley Andrea Velásquez Bonilla, 26 años
Jericó, Suroeste
N.º 12378

Se quemó la casa

Me contó mi mamá que cuando ella era niña, su papá los reunía en las noches en la finca a la luz de una vela, les leía cuentos de *Las mil y una noches* y los acompañaba de canciones con la lira. Ramón Antonio, ese era el nombre de mi abuelo materno y guardaba los libros que leía en un baúl de madera. Un día mi madre le sacó a escondidas un libro y lo vendió en una tienda por unos centavos con los cuales se compró un cigarrillo que se fumó en la acera de la escuela. Alguien que la vio le dijo que le contaría a su papá, entonces ella cogió una novena de san Judas que había debajo de la almohada de su mamá y la rezó toda pidiendo el milagro de que se quemara la casa para que su papá no se diera cuenta de que le faltaba el libro.

El milagro se hizo, pero muchos años después. Un Jueves Santo, mientras ellos estaban en el pueblo, un tizón que había quedado encendido en la hornilla la noche antes había estallado quemando unas mazorcas de maíz con capacho que se estaban secando colgadas en el techo, y con las mazorcas, todo el armazón que sostenía las tejas, la leña que tenían acumuladas, los pollitos, las gallinas y todo quedó en cenizas, incluyendo los libros y la lira. Habían pasado muchos años y mi abuelo no se había percatado de que le faltaba el libro.

Este suceso fue impactante para mi mamá que toda la vida se sintió culpable del incendio en su casa, recalcando que tuviéramos mucho cuidado con lo que pedíamos en las oraciones porque tarde o temprano el milagro se cumple y quizás cuando ya no lo necesitas.

María Fabiola Serna González, 67 años
El Santuario, Oriente
N.º 9502

Un pueblo en reversa

El alcalde, un antiguo publicista con ideas radicales, dio su propuesta: fabricar la nostalgia para atraer más turistas. El pueblo se había transformado en una copia sin alma, lleno de tiendas excesivamente iluminadas, fachadas con enormes ventanales y parqueaderos que ocupaban cuadras enteras. Discutieron la idea del alcalde y, después de aceptarla, los habitantes pusieron el plan en marcha. Se encerraron en sus casas, como lo hicieron el año en que el mundo parecía acabarse, tejieron plantas rodantes con la caña flecha de los sombreros vueltiaos y las soltaron en las calles vacías. Cavaron fosas comunes para llenarlas de maniqués y compraron veinte mil tapabocas, como los que se usaron durante la enfermedad. Se distribuyeron roles para que los habitantes los interpretaran cuando llegaran los turistas. Entre los papeles había comerciantes preocupados por las ventas, mujeres encerradas con esposos violentos, abuelos recientemente fallecidos o incrédulos que deambulaban por las calles. Pero los turistas no vinieron, no querían recordar esos años difíciles. La gente del pueblo miró más atrás. Salieron de sus casas, cambiaron sus ropas, enterraron sus celulares en los patios y desempolvaron teléfonos fijos. Todos los primogénitos se escondieron en el coliseo, donde escribieron cartas y grabaron videos como pruebas de supervivencia que enviaron a sus propias casas. Se repartieron billetes didácticos, y cada familia envolvió unos cientos de millones en sobres de manila, entregándolos al actor que sacó el papelito que decía «emisario de la guerrilla». Otros, los del papelito de «paramilitares», reunieron

a los que tenían el papelito de «guerrilleros» y fingieron matarlos en la plaza principal, aunque algunos actores se quejaron del realismo de los golpes. Pero los turistas no vinieron, no querían recordar esos años terribles. Cambiaron los *jeans* por pantalones de lana, camisas de capelina y zapatos de charol. Los comerciantes pidieron suministros exclusivos de gaseosas en botellas de vidrio desde la ciudad. Cada hombre compró una ruana y un sombrero aguadeño, y las mujeres acordaron dejar de votar. Todos los residentes sacaron de un sombrero un papelito rojo o uno azul y se centraron en defender sus casas, tiendas y fincas. Amigos de toda la vida se enfrentaron a puños y machetazos porque sus colores eran contrarios. Con trapos y costales hicieron muñecos y les pintaron el nombre de algún gobernador designado para el departamento. Una semana recibían al gobernador con calle de honor, lo sentaban en banquetes y lo llevaban a conocer los cultivos de papa. «Gracias, doctor, porque ningún mandatario había visitado este pueblo», decían. La semana siguiente fingían un magnicidio, ataban el muñeco a un caballo y lo arrastraban por las calles. La gente ya no necesitaba preguntar por su rol, actuaban incluso cuando estaban solos en casa. Soñaban con un pueblo que crecía hacia el pasado, calles que cambiaban de dirección y habitantes que caminaban al revés. Nunca se supo cuál de los dos bandos le había sacado la lengua por la garganta al alcalde que ofreció su idea de progreso.

Pablo Andrés Patiño Osorio, 26 años
La Unión, Oriente
N.º 8904

El susurro bajo las piedras

Dicen que en Rionegro, cuando la neblina baja como un manto sobre las torres de la iglesia, se escuchan voces antiguas que no pertenecen a este tiempo. Son murmullos que emergen desde las entrañas de la tierra, allí donde descansa, bajo la plazoleta del parque principal, la primera Constitución de Colombia. En el siglo XIX, los delegados llegaron al pueblo con sombreros polvorientos y esperanzas desbordadas. Traían consigo la ambición de fundar un país de repúblicas libres, como quien siembra maíz en tierra recién abierta. Entre balcones de madera y pregones de mercado, firmaron un pacto que hablaba de autonomía y derechos, convencidos de que las palabras podían domesticar las guerras que desangraban la nación. La gente del pueblo aún recuerda, como si fuera leyenda, que durante aquellas sesiones las campanas repicaban solas, anunciando un porvenir que parecía posible. Algunos juran que en las noches la tinta aún fresca desprendía un resplandor azul, como si el papel respirara. Fue la época en que Rionegro fue capital de la esperanza, y cada piedra de su plaza escuchó los pasos de la historia. Hoy, sin embargo, la Constitución yace olvidada en una biblioteca subterránea. Los niños juegan a las escondidas sobre la plazoleta, sin imaginar que bajo sus pies duerme un corazón de papel. Los turistas, deslumbrados por las fachadas coloniales, ignoran que el verdadero tesoro no está en la superficie, sino en las sombras donde reposan las palabras que alguna vez soñaron con unir al país. Pero los documentos, como los fantasmas, nunca mueren del todo. Cada hoja palpita en secreto, como un pulmón

enterrado, esperando a que alguien la lea de nuevo. En las noches de luna llena, aseguran los viejos del lugar, se oye el crujir de las páginas, como si el viento pasara de largo para darle vida. Un anciano bibliotecario, guardián invisible de ese tesoro, suele repetir con voz quebrada: «El país olvidó a su madre». Pero las madres olvidadas siempre regresan en sueños. Y así, cada atardecer, cuando la luz dorada roza las fachadas de Rionegro, parece que la plazoleta respira. Como si las piedras mismas recordaran que allí nació un país, y que debajo de ellas aguarda la Constitución de 1863: no como reliquia muerta, sino como semilla dormida, esperando el milagro de la memoria. Tal vez por eso, si alguna vez caminas por Rionegro y decides detenerte en silencio frente a la plaza, escucharás un rumor leve, como de hojas que se pasean solas. Entonces, quizá, comprendas que no era el viento lo que susurraba..., y que todavía hay secretos que prefieren hablar solo a quien sabe escuchar.

Marlon Alfredo Martínez Carillo, 31 años
Guarne, Oriente
N.º 12071

El río que arde en Cocorná

Cocorná era un río brillante entre montañas, y yo un hombre cualquiera que bajaba con cajas de refresco para calmar la sed de diciembre. La temporada era agitada: las campanas repicaban anunciando novenas, los faroles de colores alumbraban las calles empedradas y el olor a natilla se mezclaba con el de la pólvora. Yo, sudoroso en mi camión rojo, pensaba solo en cumplir la ruta cuando apareció ella, como un relámpago en medio del aguacero, con la sonrisa que enciende lo apagado. Me tendió su número en un papel arrugado, como quien entrega una semilla. No germinó al instante: lo guardé semanas en el bolsillo, hasta que la rutina se volvió silencio y me atreví a llamarla. Entonces brotó: palabra tras palabra, mirada tras mirada, nos descubrimos como dos fuegos que se reconocen en la oscuridad. El camino desde El Santuario hasta Cocorná, con sus curvas infinitas y montañas verdes, se me hacía cada vez más corto. Cada visita era un incendio secreto, una alegría que latía en la piel como pólvora encendida. Ella hablaba de sus sueños mientras el río corría a lo lejos. Soñaba con estudiar, con viajar, con un amor que la acompañara en cada paso. Yo la escuchaba, con la certeza dolorosa de que no era yo ese destino. Porque yo ya tenía raíces en otro suelo. Era árbol plantado en otro patio, y aunque la brasa ardía, sabía que no podía crecer allí. Ella, en cambio, merecía un campo abierto, un sol completo. Por eso solté su mano, aunque mi corazón quisiera aferrarse. El tiempo cumplió su oficio: ella halló un hombre que la espera con anillo y altar. En el pueblo ya se murmura sobre la boda, sobre los vestidos blancos y la

música que llenará la plaza. Yo sigo en El Santuario, con mis caminos de montaña, mis cargas de trabajo y este recuerdo que no se apaga. El camión avanza, las fiestas regresan cada diciembre, pero en cada entrega me pregunto si alguna calle me devolverá su risa. A veces, muy de vez en cuando, nos escribimos. Basta un simple saludo para que todo regrese: la chispa intacta, el murmullo del río, el olor a café recién colado en las cocinas campesinas. En cada palabra siento que el fuego sigue vivo, aunque no tenga dónde arder. Algunas llamas no nacen para quedarse, sino para alumbrar un instante y luego convertirse en memoria. Y en la mía, Cocorná sigue ardiendo.

Juan Guillermo Marroquín Alzate, 28 años
El Santuario, Oriente
N.º 10349

Socavón

Rubén se despidió sin recibir el beso de María. Tres meses han pasado sin escucharla decir: «Amor, que le vaya bien, cuídese mucho». Salió con la cabeza agachada, sin ver a los turpiales que alegraban la mañana con sus cantos. Cantos que ocultaron un rugido de la tierra. Cuando llegó a la bocamina encontró un derrumbe que arrasó el socavón, carbón y piedra taparon los rieles. Con la pala en la mano, las gotas de sudor se deslizaban por su frente tiñéndose con el polvo que volaba en cada palada. No podía apartar del pensamiento los desprecios de María y recordó los días en que iban al parque tomados de la mano... El ingeniero le dio un apretón de manos, felicitándolo por ser el mejor barretero y le envió un saludo a María. Rubén regresó a la casa en la noche, con las manos ennegrecidas y los dedos heridos por el filo de los terrones. Se tomó el agua de panela que había sobre la mesa y se comió el plato frío de frijoles. María no lo saludó, estaba ocupada peinándose una trenza mientras se miraba al espejo. «Voy a rezar. Puede dormirse tranquilo». Se ajustó la blusa sobre su cintura gruesa y apresuró los pasos como quien no quiere llegar tarde a una cita. Rubén suspiró y sintió en los pulmones el sofoco de la mina. Bajo las cobijas repetía la imagen de cuando conoció a su esposa. Junto al malacate, vio pasar a María: joven, morena, de sonrisa inocente y de pelo negro como el carbón. Se sonrieron a la distancia... Los abrazos de María fueron la inspiración de Rubén para sumergirse en el socavón como si buscara el corazón de la montaña, apuntalarse con fuerza sobre el martillo y romper la peña negra.

A la medianoche el cielo era un manto oscuro de una mina por trabajar. Rubén pensó sorprender a su esposa con una velada romántica, tomarla por la cintura con sus brazos de hierro y mirarla a los ojos hasta hacerla sonreír como la primera vez. Con la motivación con que sujetaba el mango de la pala, tiró las cobijas al suelo. Como si fuera a descender por los rieles del socavón se encomendó a Dios y salió en busca de María. Cruzando el parque vio al ingeniero abrazando a una mujer, dándole un beso interminable. A Rubén, las piernas le pesaron como si arrastrara un coche repleto de peña. Su corazón perdió el impulso que lo arrancó de la cama. Con el Cristo de la iglesia a sus espaldas parecía llorar. La torre de la iglesia dio una campanada que sepultó su amor. El sonido de la fuente era un lamento y el agua, las lágrimas que él no lloró. Las palomas que dormían en los samanes se espantaron. El aleteo llegó a los oídos de Rubén como un derrumbe. Un derrumbe sin escombros que le atravesó el alma mientras gritaba con todas sus fuerzas el nombre de María.

Jesús Manuel Berrío Berrío, 27 años
Titiribí, Suroeste
N.º 8732

La carne del mundo

Cuando lo mataron, nadie lloró. No porque no lo quisieran, sino porque en el barrio uno aprende que el llanto es una firma peligrosa: dice demasiado, delata. A Mosquera lo dejaron tirado frente a la carnicería, con tres tiros en el pecho y un cuarto en la boca, como si quisieran callarlo para siempre. Yo lo vi desde la ventana del inquilinato. No me impresionó la sangre; lo que me dolió fue el pedazo de pan que llevaba en la mano, todavía caliente. Mosquera había dicho en la mañana que esa noche íbamos a cenar de verdad, con mantequilla y todo. Tenía esa manía de prometer cosas bonitas justo antes de que todo se fuera a la mierda. En el barrio la vida era una moneda sucia que rodaba entre cuchillos y piernas abiertas. Las mujeres se vendían por dos tragos y los hombres se mataban por un gramo mal pesado. Yo misma me dejaba tocar por tipos que olían a gasolina, con tal de pagar el cuarto y que mi hijo no durmiera en la calle. No me enorgullece, pero tampoco me avergüenza. La dignidad no llena la barriga. Mosquera era distinto. O eso quería creer yo. Se metía en negocios turbios, sí, pero tenía esa risa idiota que hacía olvidar la miseria. Cuando me agarraba de la cintura y me decía que algún día íbamos a largarnos de allí, yo cerraba los ojos y casi lo veía: un cuarto limpio, un mercado lleno, una cama sin chinches. Era mentira, claro, pero qué sería de uno sin las mentiras que calientan el alma. Lo jodido fue cuando quiso pasarse de vivo. El patrón no perdona errores, mucho menos deslealtades. Y Mosquera, con esa torpeza suya, creyó que podía sacar droga sin permiso. Yo le rogué que no, que

nadie engaña a un hombre que aprendió a degollar antes que a leer. No me hizo caso. Dos días después, ya estaba en el suelo, con moscas en la boca y la mantequilla derritiéndose en el pan. No lo enterraron. Lo recogieron en un costal, como perro muerto. Y yo seguí trabajando, dejándome abrir las piernas por cualquiera que tuviera billete. A veces pienso que sigo respirando solo para joder, para demostrar que el hambre y el miedo no me han tumbado todavía. De Mosquera no me queda nada, salvo la risa que me visita en sueños. Una risa terca, sucia, que me recuerda que alguna vez creímos en algo distinto a la carne y la muerte. Pero despierto y todo vuelve: el cuarto húmedo, el niño tosiendo, la cama que huele a sudor ajeno. Y me convenzo de que la vida, al final, no es más que eso: un pedazo de carne barata que todos quieren morder antes de que se pudra.

Eli Yohana Díaz, 43 años
Chigorodó, Urabá
N.º 10560

El rojo en el corazón y en los ríos

Dicen en la vereda que la montaña no olvida, que los cafetales guardan las sombras de los que se fueron. En Antioquia no todos los fantasmas son viejos ni de ultratumba. Aquí la violencia tenía cuerpo propio; nadie lo ve completo, pero dicen que su sombra baja con la neblina, en forma de hombre y bestia al mismo tiempo. Yo era una niña cuando empezaron los tiros, cuando el canto del gallo se mezclaba con ráfagas y mamá nos escondía bajo la cama mientras rezaba con la voz quebrada. Vuelven los días del odio. Unos lo han sentido como un toro negro y otros como un pájaro que vuela sin alas y chilla como bala perdida, pero todos coinciden en que su paso deja silencio. Los hombres armados pasaban por el camino real: unos decían defender, otros liberar, pero todos cobraban siempre con la misma moneda: miedo, sangre, silencio. Nació, cuentan, del llanto de una madre cuando vio a su hijo tendido en un cafetal. O quizá fue cuando el abuelo no volvió en una tarde soleada. «Ya vuelvo, mijita». Ni él ni yo sabíamos que se lo tragaría la neblina. Solo el río supo la verdad, porque la mañana siguiente bajó revuelto, con espuma roja en su cuerpo. La escuela cerró, el camino se llenó de cruces de madera. La abuela decía: «La tierra está tragando más muertos que frijoles». Con su voz rota lloraba en las tardes lluviosas; supongo que era cuando más extrañaba al abuelo. El espíritu recorre veredas y pueblos, susurra a los oídos de quien odio en el cuerpo tiene. Los enloquece hasta ponerles un fusil en las manos. Luego se ríe, porque no necesita matar: los hace matarse entre sí. Algunos campesinos juran

que han visto sus huellas, pies humanos que parecen pezuñas. Dicen que huele a maíz quemado, que es invencible, que el pasar de los días trae el desespero. Pero también dicen que puede ser vencido, que se esconde cuando el canto de los niños llena la vereda, cuando la gente se sienta en el corredor a tomar tinto, cuando alguien siembra un árbol y lo cuida como a un hijo. Porque la violencia, aunque se disfrace de espíritu, se muere de hambre donde crece la esperanza. Yo no sé si todo esto es cierto, pero cada vez que el río baja turbio mi abuela hace la señal de la cruz y dice bajito:

—Dios mío santísimo, no dejes que los hombres sean poseídos hoy.

—...

—Calle y rece, mijita, que la montaña escucha.

Elizabeth Yeraldinne Hernández Barrios, 25 años

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 11950

¿Y si escribes tu cuento?

Sobre las vivencias en Antioquia. Sobre amores y desamores; triunfos y derrotas; encuentros y pérdidas; sobre ti o tu familia, sobre nuestra región o eso que somos. ¡Tú decides!

Título:

Tu nombre

Tu municipio:

Anímate a participar en la próxima edición del concurso. Consulta las bases en www.cuentoantioquia.com y síguenos en las redes sociales @comfama, @comfamacultura y @secretosparacontar.



Este libro se terminó de imprimir entre ríos, bosques, selvas,
valles y montañas en enero de 2026 en Apotema S. A. S.;
con un tiraje de 10.500 ejemplares.

Cada año Antioquia se reinventa en palabras. Este libro reúne los cuentos seleccionados en una edición que celebra la literatura como encuentro y posibilidad.

Participa en la próxima convocatoria y haz parte de esta aventura narrativa.

Más información en
WWW.CUENTOANTIOQUIA.COM



**CONCURSO
DE CUENTO**



Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2025 •



ISBN: 978-628-7637-81-8



secretos para contar

comfama